

CANTO TERCERO.

—o—

LA VENGANZA.

—

I

VIENTO setentrional, sopla, y gallardo,
Aunque crespes del mar las turbias ondas,
El seno abulta de las lonas pardo,
Sin que la tierra nebuloso escondas.
No te demuestres á mi anhelo tardo,
Que á mis ruegos es justo correspondas,
Pues cantando el rigor de mi fortuna,
En Albion te adormecí en tu cuna.

II

Sí, ya á mis ojos férvido horizonte,
Entre celajes de risueña grana,
Cumbres azules de lejano monte
Muestra al primer albor de la mañana.
Terreno es español.... Alma, dispónte,
Dispónte á recibir el premio ufana
De tu constancia y padecer, gozando
De amor y de amistad el beso blando.

III

Salve, costas amadas!—Desdichado!....
¡Misero yo que en ilusión perdido,
Pude un momento la crueldad del hado
Dar, y mi suerte bárbara al olvido!....
¡Ay, el tiempo dichoso aun no es llegado!
Una tremenda voz hiere mi oído,
Voz de infortunio, de despecho y muerte:
¡Oh, cuán terrible es la sañuda suerte!

IV

Siniestra voz con temeroso acento,
“Huye, infelice,” desde allí me grita,
“Que á ver tu patria por mayor tormento
“Tu Destino cruel te precipita;
“Mas no la pisarás: que el rauda viento
“Que hincha tus lonas y la mar agita,
“Te arrebatá, infeliz! á otras arenas,
“En donde arrastres tu destierro y penas.”—

V

Dó volveré los ojos? Tú, desnudo,
Abila, de verdor, tú, cuya frente
De ásperas rocas Hércules membrudo
Alzó, abriendo camino al mar rugiente;
Permite á un desdichado, á quien sañudo
Destino acosa, la angustiada mente
Y la vista tender, para consuelo,
Por tu gran mole que se eleva al cielo. (2)

VI

Mas, oh prodigio!... ¡á quién allá en tu cumbre,
 Cual fantasma de muerte, alzarse veo,
 Y de sus ojos la tartárea lumbré
 Sobrepujar el resplandor febeo,
 Como en noche fatal la muchedumbre
 De estrellas vence, ardiendo en apogeo,
 Sobre la rotas nubes desiguales,
 El sangriento Orion, nuncio de males ?

VII

Ay, que es el conde don Julian! Airados
 El viento y mar, de la tartesia arena
 A los montes del Africa abrasados,
 Le condujeron á llorar su pena;
 Y desde allí, con ojos inflamados,
 Y alma de anhelo vengativo llena,
 Miró al traves de las cerúleas olas,
 Y maldijo las costas españolas.

VIII

Allí en la cumbre de los riscos yerta,
 Su alarido atronando la montaña,
 De aquella playa bárbara y desierta
 Las sierpes, con pavor, tiemblan su saña;
 Y allí le mira el sol cuando despierta,
 Y allí, cuando de luz los orbes baña,
 Y allí desde el ocaso al fin del día,
 Y allí una y otra vez la noche fría.

IX

Allí tambien le encuentra un mensajero,
 Que en pequeño batel de alado pino,
 Desde España, cortando el golfo fiero,
 Con carta y orden de don Opas vino;
 Del vil don Opas, que logró mañero
 Saber dó el conde gime peregrino;
 Y en carta astuta de este modo escrita,
 A la venganza y la traicion le incita:

X

“ Del Africa arenosa las regiones
 De gloria inundan, y de honor sedientas,
 Nuevas valerosísimas naciones;
 ¡ Y tú su vecindad por nada cuentas ?
 ¡ No ves que serán tuyos sus pendones,
 Si á su ambicion y arrojo representas,
 Cuán cerca les ofrece la Fortuna
 A España rica y sin defensa alguna ?”

XI

“ Marcha en su busca, su valor enciende,
 A su cabeza ponte, y sin tardanza
 El corto espacio de los mares hiende,
 Y á las béticas playas te abalanza.
 Harto te digo: de tu mano pende
 O restaurar tu nombre y la venganza
 Tener, que tu manchada gloria exige,
 O morir en la afrenta: conde, elige”...

XII

Más no leyó : las canas venerables
 De la rugosa frente se erizaron,
 Y sus ojos, con fuego formidables,
 Al mensajero infame fulminaron ;
 Y asordando los piélagos instables
 Con voces, que cual trueno retumbaron,
 “¡ Yo á mi patria traidor ! yo contra España !!!!”
 Dijo, y huyó por la áspera montaña.

XIII

Mas, ay ! vano es huir : consigo lleva
 El consejo fatal, y allá en su pecho
 El oculto veneno entró y se ceba,
 Y ya en su corazon el daño ha hecho.
 Así en vano á escapar el ciervo prueba
 Del dardo que el costado le ha deshecho ;
 Que no ya el dardo cortará su vida,
 Sino la yerba que dejó en la herida.

XIV

Conócelo el astuto mensajero,
 Sagaz cual su señor, y al conde airado
 No intenta perseguir, ántes lijero
 Torna á surcar el piélagos salado :
 Tál diestro agricultor con cierto agüero,
 Cuando en terreno fértil ha sembrado,
 Ya no se afana mas, porque el tributo
 Sabe que le ha de dar la tierra en fruto.

XV

Solo el conde en el áspero desierto,
 Vuelve á mirar la seductora carta,
 Y nuevo horror le inspira y desconcierto,
 Y otra vez de ella el pensamiento aparta :
 Que jamas corazon de honor cubierto,
 Aunque la patria lo destroze y parta
 Con vil persecucion y ofensa grave,
 Hacerla presa de extrangeros sabe.

XVI

Tal crimen es, que de pensarlo, el conde,
 Aunque irritado, tiembla ; y en su pecho
 A Opas maldice, y al papel en donde
 Ofrece tal venganza á su despecho.
 ¡ Mas de virtud humana quién responde,
 Cuando en horrenda tempestad deshecho
 El huracan de las pasiones ruge,
 Y audaz la embiste con furioso empuje ?

XVII

Casi cien giros completado había
 La tierra en derredor del sol ardiente,
 Desde la fuga y el famoso día
 En que Mahoma trastornó el oriente ; (3)
 Y en que hermanando astucia y osadía,
 Alzó arrogante la soberbia frente,
 Cual hombre celestial, y cual profeta,
 Que de Dios los decretos interpreta.

XVIII

Obediencia, y amor, y ciego culto
 Halló entre gentes rudas, que pensaron
 Que el mismo Dios en él hablaba oculto,
 Y sus dogmas y leyes abrazaron;
 Y cundiendo en los pueblos el tumulto,
 Que las nuevas doctrinas motivaron,
 Llenó su nombre y gloria el hemisferio,
 Que absorto vió nacer un nuevo imperio.

XIX

Un nuevo imperio, que cual suele acaso
 Raudo torrente en turbio remolino,
 Rompiendo el dique, por el campo raso
 Extender bramador su ancho camino;
 O como en el desierto tiende el paso
 Sobre la llana arena el torbellino;
 Nació, creció, elevóse y furibundo
 Combatió al cielo, estremeciendo al mundo;

XX

Pues Mahoma exaltando las pasiones
 De las gentes del sur, y en fanatismo
 Abrasando encendidos corazones,
 Hizo temblar al firmamento mismo:
 Tornó tímidos siervos en leones,
 Inflamó astuto en bélico heroísmo
 Pueblos supersticiosos, y con ellos
 De altas naciones oprimió los cuellos.

XXI

¡Tánto puede el saber ó la fortuna
 De un hombre solo!.... y tánto que aun enciende
 Su excelso influjo sin mudanza alguna
 En la estirpe feliz que de él descende.
 Así el imperio de la media luna,
 Muerto Mahoma, en nueva gloria espande,
 Y ven del islamismo las falanjes
 El fértil Nilo y opulento Gánjes.

XXII

—Muza conduce al último occidente
 Sus vencedoras huestes y pendones,
 Y hace que postren al Coran la frente
 Garamantas y etiópicas naciones,
 Y el pardo bereber y el libio ardiente;
 Y cubre con invictos escuadrones
 La Tingitania y la Numidia, y huella
 Las costas, do el Atlántico se estrella.

XXIII

Costas, cuya conquista (ya mirando
 La Africa toda á su poder sujeta,
 Y sometida del Califa al mando,
 Y al culto y á la ley del gran Profeta)
 A su hijo Abdalazís encarga, ansiando
 Con paterna afición, justa y discreta,
 Que se ensaye en la lid, y adquiera gloria,
 Completando su acero la victoria.

XXIV

Así Getulia por sus montes mira
 Rey de las selvas al leon sañudo,
 Despues que destrozár, ardiendo en ira,
 Ganados, perros y pastores pudo ;
 Cuál de la lid sangriento se retira,
 Y á sus cachorros con rugido agudo
 Incita á que en los restos fuerzas prueben,
 Y en la matanza y destrucción se ceben.

XXV

Jóven Abdalazis, y aleccionado
 Del padre triunfador en la alta escuela,
 De fortuna y valor acompañado,
 Al ensayó feliz ansioso vuela ;
 Y cual rayo en las nubes engendrado,
 Corre, llega, combate, vence, asuela,
 Y ornado de laurel, de gloria lleno,
 Torna al abrigo del paterno seno.

XXVI

Con lágrimas de gozo el padre anciano
 Al jóven vencedor los brazos tiende,
 Y gracias rinde al cielo soberano,
 Que en hijo tal su noble sangre enciende ;
 Y por festejo del valor temprano
 Que en el mancebo triunfador esplende,
 Y de ver completada la conquista,
 Fiestas y juegos bélicos alista.

XXVII

No léjos de la playa, en que las olas
 Del paso hercúleo brillan, y do enfrente
 De las cercanas playas españolas
 Abila se avecina al sol ardiente,
 Bajo la insignia de las crespas colas
 Júntase ufana la guerrera gente,
 Que de Mahoma sigue los pendones,
 Humillando al Corán tantas naciones.

XXVIII

Y con ellos los pueblos africanos,
 Descendencia de Agar, llegan ansiosos,
 Ya humildes á los ritos mahometanos,
 A presenciar los juegos suntuosos,
 Que en unos valles y apacibles llanos,
 De palmas y naranjos olorosos
 Ornados en reedor, el sarraceno
 Va á celebrar, de sus conquistas lleno.

XXIX

Preside el campo Muza, coronado
 De los rayos espléndidos de gloria,
 Que á su cabello venerable han dado
 La constante fortuna y la victoria;
 Y en segundo lugar (si lo es su lado)
 Brillan, dignos tambien de alta memoria,
 Los otros adalides, campeones,
 Honor de los lunados escuadrones.

XXX

A contender los premios se presenta
 La flor del Asia y Africa, gallarda
 Lozana juventud de honra sedienta,
 Y á quien tan alta gloria el cielo guarda :
 Cuál en potro feroz, que fuego alienta
 La carrera del viento juzga tarda,
 Y cuál ostenta luchador robusto
 Fuerzas, que al mismo Alcides dieran susto.

XXXI

Quién disputa el acierto en la saeta,
 Los golpes quién de ponderosa maza ;
 Este al toro feroz postra y sujeta ;
 Aquel al bravo tigre despedaza :
 Otros con ágil pié tocan la meta,
 Y todos muestran en la extensa plaza
 Fuerzas, y robustez, y valentía,
 Destreza, emulacion, alta osadía.

XXXII

Allí, excelso Tarif, la gruesa lanza
 Tu brazo triunfador vibró membrudo,
 Y tanto trecho rehilando alcanza,
 Que do llegó, ninguna llegar pudo ;
 Y allí con harto orgullo y confianza
 Tu cuerpo colosal muestras desnudo,
 O Zegrí, que desprecias arrogante
 De Abencerraj los miembros de gigante.

XXXIII

A ambos en espantosa lucha mira
 Desde zenit el sol, y ambos deshechos
 Ardéis sañudos en rencor y en ira,
 Y en fuertes lazos os tenéis estrechos.
 El odio innato, que bramando gira
 Por vuestras venas y encendidos pechos,
 Tal fuerza os da, que iguales en la gloria,
 No queda por ninguno la victoria.

XXXIV

Ya los astros os tienen destinada
 Generacion, do se conserve y crezca
 Esa rivalidad envenenada
 Tanto, que envidia su heredad parezca ;
 Y un tiempo ha de llegar en que Granada
 De vuestros nietos al furor perezca,
 Cuando discordia atroz así los ciegue,
 Que vuestra sangre sus palacios riegue. (4)

XXXV

Tambien tú, Abhen-Halí, jóven lozano,
 De alfanje damasquino haciendo prueba,
 Revuelves el corcel con blanda mano,
 Llamando la atencion tu gloria nueva.
 Ay ! que víctima á ser de amor insano
 Tu destino cruel te arrastra y lleva
 A Córdoba famosa, do tu suerte
 Será amar, tener zelos, darte muerte.

XXXVI

Sí, yo mismo en el muro derruido
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamas olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aun de tu ingrata Zaida allí esculpido,
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre, que trémulo escribiste
Con la daga, que en ti despues hundiste.

XXXVII

Lo he visto, y no sin lágrimas; el pardo
Musgo las letras casi borra, y crece
De yedra y zarza matorral bastardo,
Que de aquel sitio el defensor parece.
Alza la crencha solitario cardo
Sobre tu ignota tumba, y resplandece
En las piedras tu sangre, mancha oscura,
Que allí á despecho de los tiempos dura.

XXXVIII

¡ Cuántas veces tu historia dolorosa,
Infante tierno, me acalló en la cuna!
¡ Cuántas despues, ya jóven, con medrosa,
Planta, al reflejo de la opaca luna,
Visité aquel lugar, donde reposa
Tu ceniza infeliz !... Y aun noche alguna
Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar tu sombra helada. (5)

XXXIX

Quince veces el astro refulgente,
Centro del mundo y causador del dia,
La vega iluminó, donde eminente
El valor musulman resplandecía ;
Y ya alzando la voz y la alta mente
Hafiz, el noble vate, en quien ardía
La llama celestial, con sacro verso
Cantaba tanta hazaña al universo.

XL

Cuando el conde infeliz encaminado
Del gran rumor y estruendos militares,
Solo, se acerca á la llanura armado,
Por desusadas sendas y ramblares :
Llega, y la inmensa multitud pasmado,
Oculto en los cercanos olivares,
Contempla; y su designio atroz le espanta,
Y aun indeciso suspendió la planta.

XLI

Lanzando empero un hórrido alarido,
Cual espíritu réprobo, que mira
Que ha para siempre la mansion perdido
De la Misericordia, ardiendo en ira
Prosigue, de los astros compelido ;
Entre la muchedumbre mudo gira,
Y en medio de la liza se presenta,
La vista universal teniendo atenta.

XLII

Su deslustrado peto opaca lumbre
 Lanza, como siniestro meteoro,
 Que del cóncavo cielo en la alta cumbre
 Arde de los planetas entre el coro.
 De sus áridos ojos la vislumbre
 Brilla, y la faz, que moja escaso lloro,
 Como fuego infernal: barba y cabello
 El seno escarcha, y emblanquece el cuello.

XLIII

Suspéndese el concurso inmenso, y mudo
 Su extraño aspecto admira y continente.
 Él con espada bate el ancho escudo,
 Y tiembla y calla sin alzar la frente;
 Cuando de pronto encárase sañudo
 Al asiento de Muza preeminente,
 Y en ronca voz, que ensordecer pudiera
 Al huracan, habló de esta manera:

XLIV

“Egregio capitán, claros varones,
 Dignos de dominar toda la tierra,
 Nuevas valerosísimas naciones,
 Cuyo poder al universo aterra;
 ¿En inútiles pruebas, y en funciones
 Desperdiciáis el tiempo, que á la guerra
 Debierais consagrar y á la victoria,
 Y á completar vuestra naciente gloria?”

XLV

“¿Pensáis que los destinos esplendentes,
 Que os guarda el cielo en inmutable arcano,
 Llenos están, cuando aun existen gentes,
 No domadas al yugo mahometano?
 ¿Vuestros invictos ánimos valientes
 Caben solo en el ámbito africano,
 Y ese vuestro denuedo sin segundo,
 Que caber no pudiera en todo el mundo?”

XLVI

“Volad á donde os llama la Fortuna,
 No sea término el mar á vuestra saña,
 Y el pendon victorioso de la luna
 Amague á Europa, combatiendo á España.
 Vecina, rica, sin defensa alguna
 Se os ofrece; la luz del sol no baña,
 Ni mejor parte tiene el orbe todo:
 Venid, arrebatádla al débil godo.”—

XLVII

Hondo espanto su voz ahogó, y el hielo
 Pasmóle el corazón, cuando su boca
 Nombró á la patria, y temeroso al cielo
 Miró, sabiendo que su horror provoca.
 En el desesperado desconsuelo,
 Que confunde su aliento y le sofoca,
 Ve á la virtud que de él huye y se aleja,
 Y en la eternal reprobacion le deja.

XLVIII

Es tradicion antigua de que en tanto
Que el traidor alentaba al sarraceno,
Tembló la España toda, y negro manto
Robóle el claro sol, bramando el trueno ;
Y que terror secreto y mudo espanto,
Cayendo repentino, turbó el seno
De cuantos godos en el orbe había :
¡ Tanto funesto fuéles aquel dia !

XLIV

Al respirar del conde el vil acento,
La inmensa muchedumbre el aire llena
Del confuso rumor, que forma el viento,
Cuando en los valles de Moncayo suena.
Todos gritan con bárbaro ardimiento :
“ A España, á España, el cielo nos lo ordena ;
“ Este del gran Profeta es mensajero ;”
Y todos arden en furor guerrero.

L

Solo el prudente Muza no responde,
Y aunque el ansia de gloria que le enciende,
En su faz generosa mal se esconde,
Acia su pabellon el paso tiende.
En tanto que cercando al fiero conde
La entusiasmada multitud, que entiende
Ver en él un ministro del Profeta,
Le agasaja, le admira y le respeta.

LI

Mas él á todo obsequio indiferente,
Ni ve, ni escucha ; que su pecho insano
El peso abrumador del crimen siente,
Y torna mudo al olivar cercano :
Pues si remordimientos no consiente
Un gran delito en corazón humano,
Cierto terrible asombro siempre inspira,
Engendrador tal vez de mayor ira.

LII

Entró la noche, y solo y combatido
De varios encontrados pensamientos,
Como cedro en el monte sacudido
Por bramadores encontrados vientos,
Muza, adalid prudente y advertido,
Del conde recordando los acentos,
No acierta á decidir, y duda y vuelve,
O miétras piensa mas, ménos resuelve.

LIII

El silencioso sueño por la vega
Sus alas tiende, unguidas de rocío,
Y al reposo dulcísimo se entrega
Y á la quietud el bárbaro gentío.
En la alta cumbre plácida despliega
Su lánguido esplendor, húmedo y frío,
Con tibias luces, la creciente luna,
Protectora de la árabe fortuna.

LIV

Cuando Muza, agitado y cuidadoso,
 (Bien que el sueño halagase sus intentos,
 Renaciendo en las horas del reposo
 Sus altos ambiciosos pensamientos ;
 O bien que el cielo, airado y rigoroso,
 Avisos no omitiese ni portentos,
 Con que la destruccion, ya decretada,
 Precipitar de Hesperia desdichada)

LV

Vió vestirse de rayos esplendentes
 Las pardas sombras de la noche oscura,
 Y con lampos de luz resplandecientes
 El seno abrirse de la tierra dura ;
 Y entre vapores férvidos ardientes
 Alzarse á la region del cielo pura
 El formidable espectro de Mahoma,
 Cual númen infernal que el aire doma.

LVI

Armas, despojos, rayos de la guerra,
 Famas de altas naciones y fortuna
 Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
 Miéntras su frente escóndese en la luna.
 Arde el Coran, que al universo aterra,
 En medio de su pecho, cual laguna
 De encendidos metales, y parece
 Que á su presencia el orbe se estremece.

LVII

Muza pasmado la rodilla inclina,
 Postrando contra el suelo su semblante,
 Cuando la colosal diestro encamina
 El grave espectro, y le ase del turbante ;
 Y las nubes hendiendo, le avecina
 A Abila peñascoso en corto instante,
 Y párase con él en la alta cumbre,
 Que temblando abortó tartárea lumbre.

LVIII

Y desatando allí con diestra fuerte
 El lauro eterno, que su frente orlaba,
 Lo arroja ; y como flecha de la muerte,
 Hendiendo el aire rápido silbaba,
 Siniestra luz lanzando : de tal suerte,
 Que mísero planeta asemejaba,
 A quien el Hacedor con ceño mira,
 Y que perdido los espacios gira.

LIX

Y salvando los mares espumosos,
 Cayó tronando en medio de la España,
 Cuyos campos y montes espaciosos
 Con pernicioso luz alumbró y baña.
 A los ojos de Muza codiciosos
 Patente haciendo en perspectiva estraña,
 Oh gran portento ! cuanto encierra y cria
 La goda miseranda monarquía.

LX

Allí campos y vegas abundantes,
Do opimas mieses el favonio ondea ;
Cumbres allá, donde árboles gigantes
Entre las nubes aquilon menea ;
Aquí llanuras, sotos y odorantes
Prados, donde agua hermosa serpentea,
Adornados de yerbas y de flores,
Poblados de ganados y pastores.

LXI

Allá contempla de ásperas montañas,
Por celestial disposicion abiertas,
De ricos minerales las entrañas
Desde el cimientto hasta las cumbres yertas :
Allí mira cuál riegan las campañas,
De los dones riquisimos cubiertas
De Minerva y de Baco, estensos rios,
Que arrastran oro en sus raudales frios.

LXII

Y por do quier ciudades afamadas,
Altos templos, soberbios edificios ;
Mas de gentes cobardes habitadas,
Presa infeliz del lujo y de los vicios.
Las fortalezas ve desmoronadas,
Que del descuido infame dan indicios ;
Los arneses yacer de orin cubiertos,
E indómito el caballo en los desiertos.

LXIII

Absorto y en silencio sepultado,
Está el caudillo á la vision atento,
Del formidable espectro acompañado
Dominador de la region del viento ;
Y ante sus graves plantas prosternado
Anhela solo el escuchar su acento,
Pues, aunque en llama ardiendo está guerrera,
Solo una voz, solo un mandato espera.

LXIV

Al fin lo oyó, pues que con voz tronante
Cual la tremenda voz de los torrentes,
Gritó : " Allí está el laurel, y allí triunfante
" Lo hallarán, si lo buscan, mis valientes."—
No dijo mas : el trueno retumbante
Sonó, bramó la mar, los refulgentes
Astros escureciéronse, de guerra
Sintióse estruendo, y retemblo la tierra.

LXV

Cesó el prodigio : Muza confundido
Se halla en su pabellon ; mas tanto aliento
Dentro en su corazon siente encendido,
Que conoce el influjo del portento ;
Y saltando del lecho, " Obedecido
" Serás, ó gran Profeta," en alto acento
Exclama, y sale al campo, cuando el dia
Sus primeros albores extendía,

LXVI

Recorre la llanura : " Guerra, guerra,"
 Grita ; y las trompas guerra pregonando,
 El sueño perezoso de la tierra
 Van con las negras sombras disipando.
 El pueblo, al ronco son que en llano y sierra
 Retumba, diligente recordando,
 Repite el grito, y al caudillo aclama,
 Y en el furor armígero se inflama.

LXVII

Siente el conde el rumor, torna á la vega,
 Y al ver arder el pueblo mahometano,
 A la atroz esperanza su alma entrega
 De ver cumplido su rencor insano.
 Hiende la multitud, á Muza llega,
 Feroz le aprita la robusta mano,
 Y, " Yo," le dice, " yo seré tu guia,
 " Y tuya la española monarquía."—

LXVIII

Ya no hay reposo ; el campo sarraceno
 Hierve, y á preparar se precipita
 La audaz empresa ; que del ansia lleno
 De gloria, el furor bélico le agita.
 Tasca el potro de Arabia el duro freno ;
 El brillar del acero la luz quita
 Al mismo sol : el polvo al aire crece,
 Y retumbando el suelo se estremece.

LXIX

Los altos cedros y robustos pinos
 Que las cercanas cumbres adornaban,
 De las nubes altísimas vecinos,
 Y aquellos horizontes circundaban,
 Cediendo á la segur, los cristalinos
 Mares aborrecidos abrumaban,
 Convertidos en naves ; y las telas,
 Que el persa matizó, tórnanse velas.

LXX

Ya resuenan las rocas de las playas
 Al estruendo y guerrera gritería :
 El agua azotan las flexibles hayas,
 Y de hervorosa espuma se cubría :
 Cortan veloces las cerúleas rayas
 Las anchas proras ; y del mediodía
 Soplando el austro, entre calma y niebla,
 El mar de pinos y guerreros puebla.

LXXI

Poco el salobre espacio á tanta quilla,
 Y poco á tanta vela es todo el viento :
 Jamas vió el ronco mar sobre su orilla
 Tanto bajel, ni tan osado intento,
 Ni el sol eterno que en los cielos brilla,
 Empresa tal desde su firme asiento
 Espantado alumbró, ni vió la tierra
 Mas aparatos de esterminio y guerra.

LXXII

Alzate entumecido, y rebramando
 Hunde rugiente en tu abismoso seno
 El colosal poder del fiero bando,
 Que va el orbe á dejar de asombro lleno.
 Tu irresistible empuje ; para cuándo,
 Y tu furor, que desconoce freno,
 Y con que cielo y tierras acobardas,
 Mar indomable y turbulento, guardas ?

LXXIII

Mas, ay ! que decidida la Fortuna,
 A cuya ciega ley solo obedeces,
 Protege los pendones de la luna,
 Y paso por tu seno les ofreces ;
 Y no soberbio mar, sino laguna
 De tranquilo verjel, manso pareces,
 Que como claro espejo reverbera
 La plata y el zafir de la alta esfera.

LXXIV

Tal vez sobre las nubes vióse en vano
 A Ruben, entre espíritus impuros,
 Rombos trazando con la sabia mano,
 Para á su voz ligar los astros puros ;
 Mas sordo estuvo el elemento cano,
 Y el viento al gran poder de sus conjuros :
 Que no contrastan voluntad del cielo
 La ciencia humana ni el mortal desvelo.

LXXV

Dicen tambien, que al retemblar pasmado,
 Viendo venir la inesperada guerra,
 Calpe, inmenso peñon, que al cielo alzado
 Entre nubes la frente árida encierra ;
 Avanzóse acia el mar, desengonzado
 Por fuerza oculta de la firme tierra,
 Entrándose con pasmo de las olas,
 Como á guardar las costas españolas.

LXXVI

Mas crudo el cielo le detuvo el paso,
 Y enclavado dejóle, do al presente
 Un angosto arenal hundido y raso,
 Mar entónces, lo liga al continente.
 Allí, estéril y adusto, aun muestra acaso
 Aspecto aterrador, mirando enfrente
 Los africanos enemigos montes
 Alzarse en los cercanos horizontes.